

Sólo se aplicó la pena de muerte á los que no quisieron aceptar la garantía de la capitulación, y que buscaban en la fuga un medio para volver á unirse con los imperialistas, y seguir aquella lucha insensata y fratricida.

Franco, el antiguo comisario imperial, que tanto había trabajado por el gobierno usurpador implantado por la Francia, fué uno de los que cayeron bajo el fallo terrible de la ley.

Acaso influyó en esa ejecución un episodio desconocido hasta hoy y que nos creemos obligados á contar, porque revela con una precisión admirable el carácter de aquella época de luchas, de sacrificios, y de gloria.

Cerca de Oaxaca, en Yanhuitlan, había dos hermanos, pintor uno, comerciante el otro; y ambos honradísimos, trabajadores y patriotas, y que veían con ódio al invasor y á sus aliados.

Eran los Rodriguez, que así se llamaban estos buenos patricios, indios de raza pura, que á fuerza de inteligencia y de actividad habían alcanzado una buena posición y gran influencia en los pueblos circunvecinos.

Uno de ellos, sobre todo, se quiso consagrar al servicio de la causa nacional, y prestó grandes auxilios al General Díaz, desde que éste apareció en el Estado y comenzó su admirable campaña de guerrillero.

Pronto fué denunciado Justo Rodriguez, el comerciante, ante el Jefe imperialista, quien lo mandó reducir á prisión: llevado el noble patriota ante la corte marcial, ésta lo condenó á muerte.

Rodriguez fué encapillado en el acto y sólo se le permitió hablar con su hermano.

La escena fué terrible entre aquellos dos hombres que tanto se amaban, y uno de los cuales iba á morir por su adhesión á la patria.

Después de abrazarse estrechamente, el que iba á ser fusilado, con una serenidad digna de aquella gran alma, dijo á su hermano el pintor.

—Quiero que me retrates en el acto.

—¿Que te retrate?

—Sí. Vé á traer un lienzo, pinceles y colores. Ese retrato lo llevas al General Porfirio Díaz el día que ocupe la ciudad, que será muy

pronto, y se lo entregas como un recuerdo mio, diciéndole que en esta hora suprema, sólo un favor le pido, ¡que no tenga piedad para los traidores! Que cuando quiera perdonar á uno de los que han vendido á la Patria vea mi retrato y recuerde que, al marchar al patíbulo, no le he pedido en recompensa de mis servicios más que venganza en nombre de la patria y de mi familia, que queda acaso en la miseria y la orfandad.

El pintor, con los ojos nublados por el llanto, hizo lo que le suplicaba su hermano y retrató á éste, con una verdad de expresión admirable. Al día siguiente el mártir era fusilado por los imperialistas.

Pero su última voluntad fué cumplida religiosamente.

El General Díaz al llegar á Yanhuitlan se alojó en la casa de su antiguo amigo, Justo Rodriguez, y allí se le presentó el hermano de éste, llevándole el retrato del mártir de la patria y su terrible testamento de venganza.

En esos momentos recibió también el General en Jefe la noticia de que Franco el comisario imperial había sido capturado, y la solicitud del indulto del traidor.

¡Porfirio denegó el indulto, y Franco fué pasado por las armas!

El General Díaz recibió una ardiente ovación del pueblo de Oaxaca, que de mil maneras le manifestaba su gratitud; pero el caudillo que sentía que aún no había terminado la lucha, apenas reorganizó la administración marchó á Tehuantepec en persecución de las fuerzas imperiales, cuyo grupo principal destruyó en la batalla de la Chitova el 19 de Diciembre.

Destrozó otras partidas de traidores y volvió rápidamente á Oaxaca, para aprestarse á hacer la segunda campaña que había de dar á México páginas tan gloriosas como el 2 de Abril y la ocupación de la Capital de la República.

